

«MUSICA DON DEL CIELO»

Proposito del Programa: Desarrollar una mejor apreciación de la música del cielo.

Himnos: Apertura: «Canto el Gran Amor», NHA No.129.

Especiales: «El Camino es Escabroso», Id. No.389.

«Más Carca, Oh Dios, de Tí», Id. No.408.

«A Solas con Jesús», M.de V. No.80.

«Castillo Fuerte es Nustro Dios», NHA No.255.

«Abrigadas y Salvas en el Redil», Id. No.125.

«Vendrá el Señor», Id. No.173.

Clausura: «A Dios sea Gloria», Id. No.141.

Planes para el programa: Este programa consiste en narración y música. Las selecciones musicales deben hacerce a voluntad, de acuerdo a los talentos y el material disponible en cada sociedad.

La narración puede ser hecha por una o varias personas. Será mucho más eficaz se se la hace en forma de disertación, en las propias palabras del narrador. Cada persona que tome parte debe practicar su narración a fin de hacerlo con expresión y lentamente. Pueden utilizarse voces que se oigan desde afuera de la plataforma en la lectura de los versículos y las citas del Espíritu de Profecía. La música de órgano tocada suavemente durante la narración, agregará encanto al programa.

MUSICA DON DEL CIELO

La música es tan antigua como el universo. Tiene sus comienzos en el cielo, donde nació en el corazón de Dios. Al principio se usaba solamente en el culto. Con esa finalidad la cultivaba el gran ángel Lucifer, quien tenía una voz perfecta. Antes de que Lucifer diera su nota discordante, todo el cielo estaba lleno de armonía. Una melodía gloriosa llenaba el universo entero.

Cuando se creó la tierra, «alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios.»(Job 38:7).

Inmediatamente después de su creación, el hombre comenzó a construir instrumentos músicos; y al tiempo de la séptima generación después de Adán, había desarrollado ya una gran habilidad en su uso. Leemos en Gén. 4:21 acerca de «Jubal», el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta.

En los días de Moisés, cuando los hijos de Israel cruzaron el Mar Rojo y los ejércitos de Faraón perecieron ahogados, la profetisa María, hermana de Moisés y Aarón, acompañándose así misma con cimbalo, comenzó a cantar: «Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido.»(Exod. 5:21).

Mientras marchaban por el desierto, los hijos de Israel, que alcanzaban un número de dos o tres millones, también cantaban. La gran pregunta que se hacían era: «¿Cuánto dista Canaán? ¿Cuánto dista Canaán?» (Coro: «El Camino es Escabroso», NHA #389).

La música tiene un gran poder. Se han dado casos en que ha sido capaz de suavizar los ataques violentos de personas dementes y hasta prevenir ataques de epilepsia. Los dentistas y cirujanos han sabido desde largo tiempo que ciertos tipos de música ayudan a los pacientes a resistir el dolor.

El poder de la música puede usarse tanto para el bien como para el mal, del mismo modo como la electricidad o la energía atómica. Bajo la influencia de la buena música, una persona puede sentirse inspirada a realizar actos de heroísmo y sacrificio. Por otra parte, bajo la influencia de la música de inspiración satánica, puede responder a influencias viciosas y degradantes que de otra manera jamás le hubieran tentado.

Arturo Cremín, de la Liga Norteamericana de Música Creativa, realizó un experimento extraordinario usando, como «Conejillos de India», sin que lo supieran, a un joven y a una señorita. Ambos tenían menos de veinte años y no se conocían.

Fueron colocados solos en una pieza, donde el Sr. Cremín podía observarlos sin que se dieran cuenta. Mediante amplificadores se les hacía escuchar un programa de música grabada. El joven y la señorita se mostraban amigables recíprocamente mientras escuchaban cantos clásicos y música sinfónica. Un poco más tarde comenzaron a oírse las tonadas más populares; bajo su influencia los observados comenzaron a adoptar una actitud mutua más romántica. Y el Sr. Cremín declaró que hasta comenzaron a hacerse caricias. Cuando la música volvía a las sinfonías clásicas, los «conejillos de India» se apartaban y comenzaban a comportarse de una manera más formal y reservada. Cuando de nuevo se les hacía oír jazz la formalidad cedía a la familiaridad.

Satanás, que una vez dirigió el coro del cielo, conoce el poder de la música. Y por eso, mientras hemos tratado de enseñar a los niños paganos a cantar «Cristo me ama», Satanás se ha ocupado en enseñar a los nuestros la música sincopada y primitiva de la selva.

Nadie puede dudar de que la música popular de hoy tiene un efecto degradante y desmoralizador sobre la juventud que la escucha o la cultiva. Nadie puede negar que muchísimos jóvenes promisorios se han echado a perder bajo la influencia de la música satanicamente inspirada.

Pero, gracias a Dios que también hay un poder elevador en la música. Un investigado holandés, William Von de Wall, entró atrevidamente en la sala de un manicomio llevando un órgano portátil, que tocaba para acompañarse así mismo mientras cantaba. Uno de los pacientes más peligrosos, un hombre fornido que había estado siempre muy bien protegido por los guardas, comenzó también a cantar. Prometió que se comportaría mejor si le permitían cantar por lo menos una vez por semana. Se dice que tan pronto se le permitió eso, se lo pudo sacar de la sala de los enfermos violentos, y que en pocos meses más se le dio de alta, completamente restablecido.

La música se usó con fines similares en los tiempos bíblicos, leemos, por ejemplo, en 1 Samuel 16:23: «Y cuando el espíritu malo... venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor y el espíritu malo se apartaba de él.»(Solo instrumental: «Más Cerca, Oh Dios de Tí», NHA #408).

Los Hebreos eran muy amantes del canto. Elena G. de White dice lo siguiente acerca de ellos en El Deseado de Todas las Gentes, pág. 56: «Había tres fiestas anuales: la Pascua, Pentecostés y la Fiesta de las Cabañas... De estas fiestas, la Pascua era la más concurrida. Acudían muchos de los países donde se allaban dispersos los judíos. De todas partes de Palestina, venían los adoradores en grandes multitudes. El viaje desde Galilea ocupaba varios días, y los viajeros se unían a grandes grupos para obtener compañía y protección. Las mujeres y los ancianos iban montados en bueyes o asnos en los lugares escabrosos del camino. Los hombres fuertes y los jóvenes viajaban a pie... A lo largo de todo el camino, había lugares memorables en la historia de Israel, y los padres y las madres relataban a sus hijos las maravillas que Dios había hecho en favor de su pueblo en los siglos pasados. Amenizaban su viaje con cantos y música, y cuando por fin se vislumbraban las torres de Jerusalén, todas las voces cantaban la triunfante estrofa: «En tus Atrios Descansarán Nuestros Pies, Oh Jerusalén».

Jesús, por lo tanto, vivió entre la gente que tenía gusto por el canto. Mientras peregrinó por esta tierra, a menudo se le oyó cantar. Leemos en la pág. 34 de El Ministerio de Curación: «Con su canto daba la bienvenida a la luz del día. Con himnos de acción de gracias amenizaba las horas de labor, y llevaba la alegría del cielo a los rendidos por el trabajo y a los descorazonados.»

De la pág. 166 del libro la Educación son estas palabras: «En su vida terrenal, Jesús hizo frente a la tentación con un canto. A menudo se decían palabras mordaces y ofensivas, cuando la atmósfera que lo rodeaba era sombría a causa de la melancolía, el disgusto, la desconfianza, o el temor opresivo, se oía su canto de fe y su santa alegría.»

En el aposento alto, en su hora de mayor prueba, Jesús cantó. «Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos» Mar. 14:26. Se fueron luego al jardín del Getsemaní, a lo que siguió el calvario. Después vino el glorioso jardín de la resurrección, cuyo estudio inspiró a C. Austin Miles al escribir el himno que comienza diciendo «A Solas al Huerto yo Voy...»

(Duo Vocal: «A Solas con Jesús, M. de V. #80).

Puesto que los cristianos primitivos servían a un Señor resucitado y viviente, constituían una iglesia que cantaba. Nos dice el apóstol Pablo en 1 Cor. 14:15: «Cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento». En Col. 3:16 escribió: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándonos y exhortándonos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con Salmos e Himnos y cánticos espirituales.

En Heb. 16:25 encontramos una prueba de que Pablo practicaba lo que enseñaba: Pero a media noche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los prisioneros los oían.»

Después que los apóstoles fueron llamados al descanso, se debilitó la fe de mucha gente y con ello hubo una decadencia en la música de la iglesia. Durante los largos años de la edad media se dice que de cada diez cánticos religiosos nueve estaban destinados a María y solamente uno a Dios.

Finalmente ocurrió una reforma poderosa y, con el gran reavivamiento que produjo, resurgió la música y el cultivo de los himnos en la iglesia. Martín Lutero, llamado el Padre de la Reforma, tuvo una parte importante en el reavivamiento de la música cristiana. Dio énfasis especial al canto por la congregación. Los dirigentes católicos que temían a Lutero se quejaban diciendo: «Todo el pueblo canta la doctrina de Lutero». Este famoso reformador creía que la música de la iglesia debía ser a la vez alegre y majestuosa. Uno de sus himnos sublimes es «Castillo Fuerte es Nuestro Dios», NHA #255.

(Solo al Organo: «Castillo Furte es Nuestro Dios»).

Los predicadores que probocaron el gran despertamiento religioso de los siglos XVIII y XIX introdujeron un tipo diferente de canto: el himno evangélico. En contraste con el himno estricto que era una oración a Dios, el canto evangélico fue testimonio para nuestros semejantes.

Uno de los más extraordinarios solistas de himnos evangélicos fue Ira. D. Sankey, que acompañaba a Dwight L. Moody.

En 1874 estos dos hombres realizaban unas reuniones en Escocia. Cierta día, justamente antes de tomar un tren, el Sr. Sankey compró un diario y comenzó a leerlo inmediatamente. Encontró en sus páginas una poesía que pensó podría serle útil más tarde. Por lo tanto, la recortó y guardó en un bolsillo. En el segundo día de las reuniones el Sr. Moody le preguntó si tenía algún canto especial con el cual terminar la reunión. El tema de la predicación de Moody había sido «El Buen Pastor». En aquel momento, a Sankey le pareció oír una voz que le decía: «Usa la poesía que encontraste en el tren». Poniendo entonces el recorte de aquel diario frente al órgano, Ira. D. Sankey comenzó a tocar. Nota por nota, la música le salió exactamente como la tenemos hoy. Era la primera vez que Sankey componía una melodía religiosa. Así nació el himno «Abrigadas y Salvas en el Redil», NHA #125.

(Solo Vocal: «Abrigadas y Salvas en el Redil»).

El Sr. Sankey era un gran creyente en la música cristiana. Y debía serlo, porque un himno le salvó la vida. Cierta víspera de Navidad, viajaba él en un barco de vapor por el río Delaware. Como era una noche calmada y estrellada muchos de los pasajeros se habían reunido en la cubierta del barco. En cierto momento algunos le pidieron al Señor Sankey que cantara. Y él con gran fervor empezó a cantar un hermoso himno.

Cuando Sankey terminó la última estrofa, había un profundo silencio. Allí presente estaba un hombre de apariencia ruda cuyo rostro demostraba la acción de la intemperie. Este se adelantó al Señor Sankey y le preguntó:

-¿Sirvió usted en el ejército de la Unión? -Sí, en la primavera de 1860 -contestó e Sr. Sankey.

El hombre entonces volvió a preguntarle: ¿Recuerda Ud. haber formado parte de algún piquete un una noche brillante de luna?

-Sí -fue la respuesta del sorprendido Señor Sankey.

-Yo también -dijo el extraño-, pero en el ejército de la Confederación lo vi a usted una noche parado en su puesto de vigía y me dije a mi mismo: «Ese soldado jamás saldrá de aquí con vida». Levante mi mosquete y lo elegí como blanco. Me hallaba bien oculto en la oscuridad, mientras Ud. estaba completamente expuesto en un lugar iluminado por la luna. En aquel preciso momento Ud. elevó los ojos al cielo y comenzó a cantar un hermoso himno que hablaba del amor de Dios y del tierno cuidado que él tiene por sus hijos. Ese himno, lo recuerdo muy bien, es el que Ud. acaba de cantar.

El hombre rudo de la historia continuó su relato:

-Cuando escuché aquel himno, me resultó imposible oprimir el gatillo. Pensé: «El Señor puede salvar a ese hombre de una muerte segura», y dejé caer los brazos.

Cuando el Sr. Sankey oyó la historia abrazó al hombre que una vez había sido su enemigo; más tarde lo condujo al Salvador.

El Movimiento Adventista produjo una gran cantidad de himnos originales. Uno de los escritores de himnos más conocidos es F.E.Belden, de quien hay algunos himnos traducidos en el Himnario Adventista. Era sobrino de la Sra. White. El título de uno de sus himnos más conocidos se traduce así: «Nadie sabe la hora».

(Cuarteto canta: «Vendrá el Señor», NHA #173).

No sabemos a qué hora vendrá el Señor, pero estamos seguros de que vendrá. Con esta esperanza en el corazón, debemos tener siempre un canto a flor de labios. En la pág. 196 de El Ministerio de Curación, leemos lo siguiente: «Tributemos alabanza y acción de gracia por medio del canto. Cuando nos veamos tentados, en vez de dar expresión a nuestros sentimientos, entonemos con fe un himno de acción de gracias a Dios.»

«El canto es un arma y siempre podemos esgrimirla contra el desaliento. Abriendo así nuestro corazón a los rayos de luz de la presencia del Salvador, encontraremos salud y recibiremos su bendición».

Como expresión de nuestra alabanza a Dios, cantemos las estrofas del himno «A Dios sea Gloria», NHA #141.

Como hemos visto, la Biblia comienza con una expresión majestuosa de música y termina de la misma manera: «Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno, y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono». (Apocalipsis 14:2,3).